

## EL APALABRAMIENTO DEL SILENCIO\* EN LA POESÍA DE AURELIO ARTURO

Julio César Goyes Narváez\*\*

*Y junto a aquel vivac de viejos libros,  
mientras sombra y silencio mueve sorda  
la noche que simula una arboleda,  
te busco en las honduras prodigiosas,  
ígneas, voraz, palabra encadenada.*

*(Silencio)*

*Las grandes lunas llenas de silencio y de espanto.  
(Morada al sur)*

En la poesía arturiana el secreto silencio que inaugura el espacio escritural, nos arroja ante el misterio de su voz que en el poetizar ya no es suya, deja de pertenecerle porque el escritor desaparece. Entonces, ¿quién habla?, ¿quién representa y provoca sentidos en la entrega prelógica y en el desacostumbrado lenguaje de su delirio original? El silencio es la orilla del ser, el habla sin hablar. Como lenguaje es ambigüedad pura, sugerencia y sentidos, como espacio extraverbal es lo inexpresable, lo inefable, el vacío blanco. El silencio hace que la voz del poeta calle, pero también hace que sea acto de habla. En su espacio acontece el mundo en oxímoron de ensueño de la realidad: silencio y espanto. El primero rumora antes del grito y el segundo resuena interiorizado después de él. Pero la paradoja del ensueño es no ser sueño ni vigilia; sin embargo, ambos espacios parten y llegan al ensueño. El poeta verdaderamente inspirado persiste en morar en el ensueño, habitar en la noche y en el silencio. Estos momentos propios de un Escucha de la tradición oral, de un Lector apasionado que cruza el umbral hacia la escritura, se convierten en

---

\* El Apalabramiento del Silencio, fue publicado en su versión original en: RETO, revista cultural de DIARIO DEL SUR, Pasto, domingo 26 de junio de 1994.

\*\* Maestría de Literatura, Pontificia Universidad Javeriana.

símbolos cuando el poeta abandona las apariencias para acceder a la lucidez por el silencio en continuo padecimiento creativo.

El poeta sueña despierto entre la bruma y el rumor, entre el silencio y el grito; sosteniéndose en el mundo libre de las imágenes, convergiendo y constelando a su acomodo interior. La oquedad del silencio adquiere verso tras verso fuerza cósmica, voluntad misteriosa que funda la existencia. Pero cuando irrumpe retornándonos a lo esencial de la Palabra desacomoda la vigilia y la razón, porque el silencio ante todo es acción, actuación que nos instala en el ahondamiento del estrépito, ante la metáfora que no designa sino que señala lo indecible:

*Ronco tambor entre la noche suena  
cuando están todos muertos, cuando todos  
en el sueño, en la muerte, callan llenos  
de un silencio tan hondo como un grito.*

*Róndeme el sueño de sedosas alas,  
róndeme cual laurel de oscuras hojas  
más ¡oh! el gran huracán de los silencios  
hondos, de los silencios clamorosos.  
(Silencio)*

*Ahora el silencio  
un silencio duro, sin manantiales,  
sin retamas, sin frescura,  
un silencio que persiste y se ahonda  
aun detrás del estrépito  
de las ciudades que se derrumban.  
(Canción de hadas)  
un silencio que picotean los verdes paisajes,  
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.  
(Rapsodia de Saulo).*

En la soledad del paisaje sinestésico persiste “un silencio duro sin manantiales”, un vacío que no habla y que no tiene más remedio que sostenerse en el ser poético para ir más allá de toda oscuridad. El apalabramiento del silencio redime, así sea precariamente “con humanas míseras palabras”, el trayecto de la vida, el mito de la existencia, el derrumbamiento de la ciudad paradisiaca. La voz que apalabra el silencio, se enuncia como memoria en acción de un contacto inicial en los comienzos de la vida, su huella permanece a través de la poesía en latencia simbólica, en promesa. Lo que la voz poética revela, nos recuerda Paul Zumthor, anterior e interiormente a la palabra que trasmite, es la pregunta por los orígenes, por los instantes sin duración cuando los sexos, las razas y los sentimientos humanos fueron una sola cosa. La infancia del hombre auroral e histórico se recrea



en el deseo de apalabrar las imágenes de la madre, la nodriza, la tierra y la noche. La mujer es mucho más que ser social de carne y hueso, alcanza el niño arturiano un estado extrasensorio, son varias imágenes y una a la vez, consolidación de la fábula en poema y el poema en mito. Pero lo que perturba el imaginario del poeta sureño es el verbo deseante, la voz de la mestiza extraordinaria, la mujer blanca/morena que rumora en sus oídos como música y el cuerpo que mira a contraluz, en la intimidad; pero, pronto sobrepasa lo corpóreo, instalándose en el ensueño, entre el bálsamo y las estrellas:

*Mas, ¿quién era esa alta, trémula mujer en el salón profundo?  
¿quién la bella criatura en nuestros sueños profusos?  
¿Quizá la esbelta beldad por quien cantaba nuestra sangre?  
¿O así, tan joven, de luz y silencio, nuestra madre?*

*O acaso, acaso esa mujer era la misma música,  
la desnuda música avanzando desde el piano,  
avanzando por el largo, por el oscuro salón como en un sueño.  
(Canción de ayer).*

*Cantaba una mujer, cantaba  
sola creyéndose en la noche,  
en la noche, felposo valle.  
(Todavía).*

*Mi nodriza era negra y como estrellas de plata  
le brillaban los ojos húmedos en la sombra:  
su saliva melodiosa y sus manos palomas mágicas.  
¿O era ella la noche, con su par de lunas moradas?  
¿Por qué ya no me arrullas, oh noche mía amorosa,  
en el valle de yerbas tibias de tu regazo?*

*En mi silencio a veces aflora fugitiva  
una palabra tuya, húmeda de tu aliento,  
y cantan las primaveras y su fiebre dormida  
quema mi corazón en ese solo pétalo.*

*Una noche lejana se llegó hasta mi lecho,  
una silueta hermosa, esbelta, y en la frente  
me besó largamente, como tú; ¿o era acaso  
una brisa furtiva que desde tus relatos  
venía en puntas de pie y entre sedas ardientes?*

...

*¿Tú que hiciste a mi lado un trecho de la vía,  
te acuerdas de ese viento lento, dulce aura,  
de canciones y rosas en un país de aromas,  
te acuerdas de esos viajes bordeados de fábulas?  
(Nodriza).*

La voz que fabula instala al poelector en mutua atracción y repulsión con las palabras, desvaneciendo y recomenzando el diálogo (poesía-lector), en la apropiación del espacio verbal y no verbal que configura y revela el silencio. Ambos, creación y lector, niño y adulto, se hacen y deshacen en el juego lecto-escritural que es ritualización, recomienzo y fundación de una nueva realidad; nueva imagen de la voz que hace vibrar, como dijo Jung, algo en nosotros que nos dice que no estamos solos. Esta espera de epifanía ocurre con los cuentos de la tradición oral y de hadas, que ayudan al niño a morar en los misterios de la vida, como ha estudiado Bruno Bettelheim en su clásico libro sobre los cuentos de infancia. Por eso la voz arturiana habla con los ojos de un niño, invocando "sin memoria" a las hadas para mantenerse en la ensoñación:

*¡Hadas, divinas hadas!  
 Creer en las hadas  
 ¡Hadas en las rosadas, felices noches estivales,  
 y también en esas noches extrañas,  
 cuando entre abismos de sombras en el silencio del silencio  
 se encuentra de súbito una líquida palabra melodiosa  
 como una fresca agua recóndita, un agua  
 de dulce mirada!  
 (Canción de hadas).*

*Voces, ¿por qué tantas voces en el silencio?  
 (Canción del niño que soñaba).*

Este silencio del silencio no está antes ni después, ante todo es trance poetizado, su apalabramiento. La circulación de lo que se dice y se hace sin decir ni hacer, lo que está allí frente a la mirada en su aparecimiento y en su desaparición en el oído. De allí la reiteración simbólica del silencio y la aliteración sonora que de súbito se vuelve "palabra melodiosa", porque la voz recóndita del niño que el hombre lleva dentro así lo desea. Apalabrado el silencio, éste se oculta en el puro acontecer del lenguaje, en su acto imaginario. Esta ambigüedad metafórica de ser fragmentación y totalidad, es la que ordena el espacio estético y lo repliega sobre sí mismo, convirtiéndolo al mismo tiempo en analogía-ironía, abatimiento-regocijo, silencio-grito. Oposiciones violentas, oxímoron de rebeldía que abandona lo trivial por una búsqueda de lo inefable. Con asombro y meditación, eficacia y belleza, el silencio rumora en su propia orilla:

*Un largo, un oscuro salón, tal vez la infancia.  
 Leíamos los tres y escuchábamos el rumor de la vida,  
 en la noche tibia, destrenzada, en la noche  
 con brisas del bosque. Y el grande, oscuro piano,  
 llenaba de ángeles de música toda la vieja casa.  
 (Canción de Ayer).*



Este apalabramiento estalla el “Yo” romántico e impersonaliza la voz en la abscisa silencio/palabra, presencia/ausencia; colocando al Poelector delante del desfiladero de su desciframiento, en la caída misma de intentar redescubrir su mundo, el mundo que el poeta con su Palabra funda original. Bien escribe Guillermo Sucre, poetizar desde la conciencia que se tiene del silencio, es ya hablar de otro modo. Pues llegar hasta los límites del lenguaje, sobreviviendo a sus orillas es recobrar su intensidad. De manera que no en lo que se dice sino en lo que sugiere reside una poética del silencio, por eso unos cuantos poemas pueden configurar una obra que funda todo un mundo, como ocurre con la poesía arturiana tan breve e intensa.

La voz no es sonido ni sentido, sino umbral pulsional, simbolismo excedido. Maurice Blanchot, escribe que “la voz que habla sin palabra, silenciosamente por el silencio del grito, tiende a ser, aun cuando fuese la más interior, tan sólo la voz de nadie: ¿quién habla cuando habla la voz? Aquello no se ubica en ninguna parte, ni en la naturaleza, ni en la cultura, sino que se manifiesta en un espacio de redoblamiento, de eco y resonancia donde no es alguien, sino ese espacio desconocido —su acuerdo desacordado, su vibración—, el que habla sin palabra”.

Si la voz que poetiza el silencio no se deja afectar por los valores de esa escena previa denominada cultura, es porque en su dinámica esencial y redoblada los niega, satisfaciendo necesidades nuevas e insospechadas. La voz poética renueva el ser del hombre, porque es la negación del conocimiento y la sensibilidad establecidos por la sociedad y su costumbre. Es necesario entonces desbordar cualquier lectura a fin de habitar la espiritualidad poética; sin embargo, es a partir de la textura del lenguaje, que es rostro de la voz y del silencio, como el Poelector habita en el poetizar. La paradigmática interpretación de la interpretación se torna en una constante emoción-meditación, en un espejo crítico-creador. El Poelector presente, devela, sugiere en y a través del lenguaje poético: la dinámica pulsional y simbólica, la expresión estética, una significación plurívoca, una axiología, una forma de pensar, un modo de actuar, el desbordamiento de su otra orilla y el silencio que instaura el Ser en su poetizar.

*Te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria  
que cae eternamente en la sombra, encendida:  
te hablo de un bosque extasiado que existe  
solo para el otro, y que en el fondo de las noches pulsa  
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas.*

(...)

*Te hablo de noches dulces, junto a los manantiales, junto a  
cielos, que tiemblan temerosos entre alas azules:*

*te hablo de una voz que me es brisa constante,  
 en mi canción moviendo toda palabra mía,  
 como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan dulcemente,  
 toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.  
 (Morada al Sur).*

El poetizar no únicamente significa, no sólo narra las cosas, no únicamente nombra el Ser en su acontecimiento cargándolo de realidad, como voluntad de existencia más allá de las épocas y la cultura; sino además, calla en un silencio que habla. De modo que la poesía no es simple comunicación de estados de ánimo, no mero instrumento de sensaciones, sobre todo es el acontecer mismo del imaginario íntimo del poeta; el mundo conociéndose, apalabrándose. La esencia del hombre, consiste en apalabrarse con la realidad de la vida buscando su ser y sus sentidos. El hombre yace en el lenguaje, es Palabra; pero para que ésta no sea inútil ni espejismo fútil, es preciso esencializarla con la conciencia de que somos, por fortuna, más que eso. Lo inefable, ha dicho George Steiner, está más allá de la palabra.

En el poema "Palabra", Aurelio Arturo visiona su omnipresencia, ésta deviene del "agua oscura del sueño" y está después en "retazos de recuerdos", en visiones que nos aproximan y alejan a orillas de la cotidianidad insospechada. Por eso cuando la decimos nos reconocemos bien en identidad monologal, bien en diferencia de diálogo. De suerte que no es el hombre quien interpela al silencio, sino el silencio que interroga al hombre. Es la palabra y sus silencios lo que ha hecho al hombre lo que Es, lo que hará que el hombre Sea. Se trata de intepretar la escena de la cultura a partir de las esferas poéticas que crean los sentidos culturales y arquetípicos de la sociedad, sin excluir las diferencias de lo individual. Los arquetipos constelan, convergen en la diferencia afirmativa, pues la estrella se fragmenta pero no se apaga. Leer es escuchar la voz del silencio, intentar una deriva para comprender qué dice, qué quiere decir, y lo que dice o sugiere es apalabramiento imaginario. En la poesía arturiana la palabra llega a configurarse en poesía, no únicamente por el simple decir de alguien que quiere decir, sino además porque si no se dice se muere. Pero hay más, la Palabra Arturiana es ambigüedad pura, polisemia vital, plurisignificación constelar, pues no resuelve ninguna contradicción lógica racional que excluye por la decisión a una opción. Esta Palabra verdadera existe de hecho en "otra lógica", incluyente y con mayores opciones. Esta palabra habita en el río con todo su fluir contradictorio e irresoluto, así como el hombre habita en la vida común que jamás se resuelve. La poesía arturiana acoge los contrarios y los disimula en su diferencia múltiple y dinámica, por eso

*en ella nos miramos  
 para saber quiénes somos  
 nuestro oficio  
 y raza  
 refleja*



nuestro yo  
 nuestra tribu  
 profundo espejo  
 y cuando es alegría y angustia  
 y los vastos cielos y el verde follaje  
 y la tierra que canta  
 entonces ese vuelo de palabras  
 es la poesía  
 puede ser la poesía  
 (Palabra)

Al igual que en el poema anterior, en los demás poemas arturianos la palabra es el elemento esencial, el origen, la fundación. La realidad que posee el poeta es la voz de la naturaleza que por su poetizar habla, habla del ser y de la vida. Un poeta no únicamente configura un estado de hechos determinados del mundo, sino que los acontece apalabrándolos, haciéndolos suyos. Por su parte el poelector intenta reconstruir el estado de hechos expresados por la voz desacostumbrada, pero al no poder captar los sentidos esenciales de la voz que habla sin hablar, puesto que comunica lo incomunicable, el poelector dispone la imaginación y crea su propia simbolización que lo acontece. La poesía arturiana arranca —lo podemos verificar a lo largo de su obra— con un viento que es hálito, pneuma que apela a los sentidos por el oído y a la resonancia interior de un alterego universal: “ocurre así”, “Así principian”, “En las noches mestizas”, “Y aquí principia”, “Te hablo de días”, “Trabajar era bueno”, “Oíd el canto dulce de las tierras de nadie”, “Eran las hojas”, “Esta es la canción del niño que soñaba”, “Sueñan los tambores”, “Mira, mira estos campos”, “Ahora el silencio”, etc. Esta interrupción épica es análoga a la función que cumple la forma lingüística “había una vez...”, en los cuentos de hadas y maravillosos.

La locución adverbial “así”, para el caso del poema “Lluvias”, por ejemplo, enfatiza extrañeza y admiración por un mundo que se abre con el apalabramiento. El intercambio narrativo y lírico que propone el poeta se basa en confianza, atención y credibilidad; pues va a contar algo (un suceso incontable), y lo mínimo que espera del Poelector es que coopere pasando el umbral hacia el silencio donde juntos se funden en una soledad creadora.

Ocurre así  
 la lluvia  
 comienza un pausado silabeo  
 en los lindos claros de bosque  
 donde el sol trisca y va juntando  
 las lentas sílabas y entonces  
 suelta la cantinela.  
 Así principian esas lluvias inmemoriales  
 de voz quejumbrosa

*que hablan de edades primitivas*  
*y arrullan generaciones*  
*y siguen narrando catástrofes*  
*y glorias*  
*y poderosas germinaciones*  
*cataclismos*  
*diluvios*  
*hundimientos de pueblos y razas*  
*de ciudades*  
*lluvias que vienen del fondo de milenios*  
*con sus insidiosas canciones*  
*su palabra germinal que hechiza y envuelve*  
*y sus fluidas rejas innumerables*  
*que puede ser prisioneras*  
*o arpas*  
*o liras*

(Lluvias)

*suenan casi perdidos los tambores*  
*atravesando valles y valles de silencio*  
*y nadie sabe quién los toca*  
*ni dónde*  
*pero todos los oyen*  
*y comprenden su mensaje*  
*y se llenan de júbilo o se espantan*  
*donde suenan*  
*en las espesas selvas o en las que fueron selvas*  
*en los desiertos*

*suenan en siglos y milenios lejanos*  
*trasmittiendo en la tierra hasta muy lejos*  
*la palabra humana*  
*la palabra del hombre y que es el hombre*  
*la palabra hecha de fatiga y sudor y sangre*  
*y de tierra y lágrimas*  
*y melodiosa saliva*  
 (Tambores)

Los poemas "Palabra", "Lluvias", "Tambores", "Yerba" (como toda la poesía arturiana), descansan sobre un tejido de significación en donde el comportamiento signico se manifiesta en acciones y procesos. Las huellas verbales concretas, sobre todo en los poemas citados, todo el espacio referencial, así como el apalabramiento *que es el poema mismo*. El proceso de creación de un poema es homólogo al proceso natural de las lluvias; por lo menos esto es lo que el poelector considera que la voz poética le propone, dando la sensación de estar hablando de lo Mismo. Las lluvias comienzan desde siempre, se apaga el sol e inicia un rumor de gotas: "pausado silabeo". Paulatinamente se va conformando y alcanza grados superiores, cada vez



más complejos: gotas, lluvias, cataclismos, diluvios, hundimientos... etc. Hasta su culminación esporádica: fertilización y fin de la lluvia; reaparición del sol. El ciclo se ha completado pero no tiene término. Al final del poema se presenta una especie de síntesis del proceso natural de las lluvias y del apalabramiento mismo. El proceso de cultivar la tierra es efecto de un afecto natural que mantiene el ciclo interminable de la vida: arar la tierra penetrando en su negrura; sembrar y cultivar el verde; finalmente la cosecha de la mies, el tiempo de la siega dorada. La puesta en escena del poema es un lento acontecimiento como las lluvias o el cultivo de la tierra. La intuición esencial del mundo o inspiración producida por la escucha-lectura de la naturaleza sensibiliza la experiencia humana, concretando los imaginarios en la escritura y la lectura del poema. Pero recordemos que el poema no es una receta o modelo estático de configuración; ante todo es apalabramiento del silencio, presencia en la ausencia, combate de la voz por ser Diferente queriendo al tiempo ser al tiempo ser la Misma.

De manera que el proceso de formación de las lluvias es el proceso de formación de las palabras. El desarrollo es paulatino: gota a gota, sílaba a sílaba, hasta que "suelta la cantinela". Su repetición monótona es orquestación fónica en la composición poética. Sonido y sentidos en perfección de lo elemental: la naturaleza se espiritualiza y el espíritu se naturaliza. Las lluvias son la voz y tienen como la poesía, esencialmente hablando, poder sobre la historia de los hombres, por eso hay verdad, malicia, mentira o simplemente gracia y belleza. Las Lluvias-Palabras son como el hombre, son el hombre y poseen rostros y voces ruines, violentas, traen muerte; pero otras veces dan alegría y vida, y fertilizan no únicamente la tierra sino la interioridad humana. Las palabras como las lluvias, como las hojas o como el viento, son "embaidoras"; pero poseen poder visionario conduciéndonos a "países maravillosos", donde la infancia cobra voz original, plena de ética y estética, épica y lírica. En el apalabramiento del silencio todo recomienza, por eso la voz que poetiza advierte y recomienda olvidar el pasado "treno", los lamentos de las calamidades que ya fueron. El poelector escucha la voz a través de mirar la escritura, ama las Lluvias-Palabras reconstruyendo el mundo que está allí frente a su mirada y allá rumorando en sus oídos.

Entre las dos esferas de lo humano que recrea la voz poética: la real (Lluvias-hojas-tambores) y la imaginaria (Palabras), pasado y futuro, adulto y niño, masculino y femenino, palabra y silencio, conforman el envés y revés de la hoja, de la lluvia, de la yerba o de los tambores. Por un lado se aloja el silencio que irrumpe como palabra y sonido comunal; por el otro, se muestra como escritura y percepción solitaria. De allí que las conjunciones (y, o) incluyen como umbral fonosimbólico, en una actualidad. La aliteración de las sibilantes y reilantes ayudan fonéticamente a crear resonancias monótonas; pero principalmente crea efectos icónicos y onomatopéyicos de encadenamiento y contigüedad que sugieren el lento proceso de la lluvia, el viento, la yerba, el sonido de los tambores o del apalabramiento poético en la

disposición espacial. Esta lluvia poética se rumora en la “cantinela”, en la música que es continuidad del sonido en ritmo y armonía; pero también en el apalabramiento que es continuidad de sílabas y palabras. Ambas: lluvia y poesía, hojas y poesía, tambores y poesía, producen un efecto que es el sonido, ruptura del silencio. Así como las lluvias fertilizan la tierra, las Palabras fertilizan el vasto espacio de la poesía. La poesía arturiana se teje con elementos realmente primarios: lluvia (agua), bosque (tierra), sol (fuego) y viento (aire). Tanto la palabra como la lluvia se vuelven espacio mítico, su pasado es tan remoto que se desconoce su origen, a no ser que retornemos por el imaginario poético, principio y fin de nuestros límites humanos. Lluvia y palabra, hoja y palabra, viento y palabra, silencio y palabra, elementos forjadores, fundadores, creadores de vida.

*Días antiguos,  
de sol y alas  
y de viento en las ramas,  
cada hoja una sílaba,  
la sombra de una palabra,  
palabras secretas  
de fragancia y penumbra*

...  
*Y el viento ronda la casa, hablando  
sin palabras,  
ciego a tientas,*

*y en la memoria, en el desvelo,  
rostros suaves que se inclinan  
y pies rosados sobre el césped de otros días,  
y otro día y otra noche,  
en la canción del viento que habla sin palabras.  
(Canción del viento).*

Sin esta voz que habla sin hablar, sin este silencio inaugural que es memoria espermática, la realidad no sería más que oscuridad dolorosa. El poeta visiona y accede a los acontecimientos que evoca bordeando la orilla hasta contactarse con otro mundo, pues la memoria poética más que simple “dispositivo” de la poesía, más que función psicológica en que se apoya la imaginación —sigo a Marcel Detienne—, es potencia mágico-religiosa que pronunciada por la voz poética la dota de don vidente. Palabra eficaz que por virtud propia, mágico-simbólica descubre lo real mismo. O para decirlo a la manera de José Lezama Lima, “recordar es un hecho del espíritu, pero la memoria es un plasma del alma, es siempre creadora, espermática, pues memorizamos desde la raíz de la especie”.

El hablar poético se interioriza por la relación especial que posee con lo sagrado, con lo mítico. El Poelector, es decir, el lector-creador se une al silencio de Morada



al Sur por el oído. Si la vista nos distancia, el oído nos envuelve, afirma Walter Ong. Para enfocar las cosas de la realidad, los ojos se desplazan unidireccionalmente, no así el oído que percibe simultáneamente varias dimensiones, pues la audición se ubica en el centro del mundo. Oído y boca son origen y orificio, y todo origen de exilio y retorno es del orden de la voz. La poética Arturiana nos reenvía a la oralidad, como escritura eleva la conciencia, interioriza la existencia en individual y fragmentaria; pero al ser inspirada como primordialmente oral, exterioriza, totaliza y conecta con “Los Otros”.

Esta poesía es absisa entre el adentro y el afuera, entre la oralidad y la escritura; debate original entre la realidad y la imaginación. Cualquier imagen es o no es, cualquier palabra dice o sugiere. El principio de contradicción no queda roto sino superado en la lógica poética. Allí el oído es todos los sentidos: oír es ver: “Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo”. Oír es oler. “Y se duerme en el viejo portal donde el silencio/ es un maduro gajo de fragantes nostalgias”. Oír es sentir: “te hablo de una voz que me es una brisa constante/ de mi canción moviendo toda palabra mía”. Oír es escuchar acontecer el mundo: “te hablo de un bosque extasiado que existe/ sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas”. Oír es visionar: “oigo engrosar sus brazos en las hondas penumbras/ y podría oír el quebrarse de una espiga en el campo”.

Lo que en realidad se escucha es el silencio interior sin tiempo, el silencio de los comienzos. Sin embargo, frente a ese indecible no hay otra forma de decirlo, de contarlo, de crearlo, que no sea recurriendo a la “palabra encadenada”, a su simulación rítmica y sonora, así ésta sea carente. Pero el poeta intenta en su poetizar vivir en silencio, ser un acto de silencio. Su canto mismo es el retorno a la patria, al origen, al Ser-Sur.

*Trajimos sin pensarlo en el hablar los valles,  
los ríos, sin resbalante rumor abriendo noches,  
un silencio que picotean los verdes paisajes,  
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.*

*Mas los que no volvieron viven más hondamente,  
los muertos viven en nuestras canciones.  
(Rapsodia de Saulo).*

*Volver la senda turbia oyendo al viento,  
rumiar lejos, muy lejos, de los días.  
Por mi canción conocerás mi valle,  
su hondura en mi sollozo has de medirla.  
(Canción de la distancia).*

Es en el apalabramiento del silencio donde mora el SER-SUR por ausencia. La voz poética es vida, deseo, poder. De ella vienen los sentidos y esos sentidos no son

desmesura en la forma egocéntrica, sino en la forma dialógica de escuchar, silenciarse para dejar hablar al mundo. El poeta siente que toda la noche el viento habla sin palabras; pero su tono no es la voz, sigo a Maurice Blanchot, su tono es la intimidad del silencio que impone a la palabra. Esta intimidad es lo que hace al poeta diferente e idéntico a sí mismo, lo que le da presencia aún después de haberse borrado. Silenciarse y escuchar al “Otro”, su “Otreidad”, ¿acaso no es ya escucharse uno mismo? La fuerza perlocutoria del silencio transforma la vida del poelector cargándolo de sentido.

La poesía en una sociedad que tiene miedo al silencio, que hace lo posible por evitarlo, nos reenvía al paraíso perdido, a la niñez auroral, al mundo oculto desacostumbrado, al otro nivel de la realidad donde oralidad y escritura son un ritual de sentido pleno, que otorga a la palabra densidad ética y estética. La poesía en una sociedad sin creencias o en crisis de valores, restaura el Mito que no únicamente está antes o después, sino que sobre todo es trance, poeticidad, “humanas, míseras palabras”. El apalabramiento del silencio es eco de un grito que calla en la inconmensurabilidad del mundo.

## Bibliografía

BETTELHEIM BRUNO, *Psicoanálisis del Cuento de Hadas*, México, Editorial Crítica, 1978.

DETIENNE MARCEL, *Los Maestros de Verdad en la Grecia Arcaica*, Tauros, 1983.

SUCRE GUILLERMO, *La Máscara, La Transparencia*, México. Fondo de Cultura Económica, 1985.

STEINER GEORGE. *Lenguaje y Silencio*, Barcelona, Gedisa, 1982.

BLANCHOT MAURICE, *El Diálogo Inconcluso*, Caracas, Monte de Ávila Editores, 1970.

— El *Espacio literario (la soledad esencial)*, Buenos Aires, Paidós, 1969. Pág. 21.

LEZAMA LIMA, *Confluencias*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1988.

WALTER ONG. *Oralidad y Escritura*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

ZUMTHOR PÁUL. *Introducción a la Poesía Oral*, Madrid, Taurus, 1991.